

Sobre el ciclo de la Historia reciente.

Alberto Pérez

x
x
x
x
x

Bueno, digamos que tomo como el propósito inicial de esta reunión el decidido fervor aquí enunciado para que esto sea un lugar de discusión y, por lo tanto, propongo un asunto abierto para que podamos debatir por algún motivo, tal vez, interesante.

Seguramente sonará esquemático, pero parto de una certeza, voy a trabajar sobre tres autores. Un autor lo conocen porque es Cristina Tortti que incluso está aquí con nosotros, los otros dos autores son Theodor W. Adorno y Walter Benjamin.

Bueno, mi intención es meterme en el campo de la Historia reciente tratando de preguntarme algunas cosas que todavía me siguen resonando, y me parece que, en el fondo, podrían definir este ciclo con cierta especificidad. Bueno ése es el disparador por el cual me decidí a juntar estas tres disímiles referencias.

I. Una sociedad desafiante.

El punto de partida es tomar la recorrida que propone Tortti sobre la Historia reciente, más puntualmente sobre la problemática de la nueva izquierda en el campo de la Historia reciente, en su artículo “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del GAN”. Así que la voy a resumir rápido y mal,

seguramente; tenemos acá a la autora delante de nosotros así que me va a poder corregir cómodamente.

Lo que plantea es el surgimiento de la nueva izquierda en la Historia reciente argentina, ésa es la preocupación que tiene la autora, ese espacio empieza a plantearse o empieza a abordarse a partir del surgimiento, desarrollo y derrota del movimiento combinado de modernización cultural, protesta social y radicalización política de los años '60-'70. Teniendo un momento de especial potencia identificado con el Cordobazo y sus consecuencias, que, en un sentido, impulsa hacia una crisis social y política al régimen político de entonces. Hay, por supuesto, una lectura crítica en esta producción, para confrontar con interpretaciones que reducen la cuestión al auge de la violencia, a una visión vinculada a la presencia de la violencia política y las acciones político militares. Poner ese núcleo en el centro de la interpretación significa un primer problema a desglosar en el campo de la Historia reciente. Entonces lo que ella propone -y acá empiezo a hacer una lectura más libre- es tomar el golpe de 1955 y la proscripción del peronismo como una señal, como un punto de partida, que va luego a signar la inestabilidad del sistema político, la ilegitimidad del poder estatal y la crisis económica recurrente. Ahí están condensadas tres líneas en las que el Estado comienza a estar acorralado por una serie de objeciones y, en contracara, aparece una sociedad civil crecientemente activada, con un marco de gran conflictividad social en el que es visible el desarrollo de una modernidad cultural y de la radicalización política. A partir del golpe de Estado de 1966 hay una aceleración de esa lógica, de lo que yo llamaría de la expresión de esa sociedad civil. La experiencia social comienza a sumar una serie de expectativas y cada vez son más numerosas las acciones que manifiestan la sensibilidad esa sociedad civil, pujante, creadora.

Toda esta movilización, toda esta transformación social, termina por configurar una construcción peculiar; en principio con la proliferación de movimientos sociales, donde empieza a acuñarse lo que va a ser la dirigencia política de la nueva izquierda.

¿Qué es lo que podemos encontrar en este tránsito? Ciertas características que empiezan a emerger en el horizonte social y político argentino, como la aparición de direcciones clasistas en el movimiento obrero o bien, la emergencia de la idea de que la violencia puede tener alguna capacidad decisoria en lo que hace al cambio social y político. Entonces, en esta construcción se

enlazan también una serie de reacciones, de organizaciones y de presencia social activa en el campo de la educación, en el campo de las comunidades terapéuticas, en ciertos colectivos profesionales, abogados laboristas, defensores de presos políticos, etc. Toda esa movilización social, toda esa efervescencia social termina armando la trama del **campo del pueblo y de la revolución**. La potencia de estos movimientos está marcando una radicalización política. La aproximación a la referencia del socialismo y la idea del pueblo como algo que debe ser atendido, se suman también a un movimiento de autocrítica, se autocritican los intelectuales tanto del socialismo como del comunismo de su distancia con las experiencias populares y particularmente del peronismo. Una tendencia que está movilizándose es cierta temática ligada a una peronización, es decir a la idea de que el peronismo puede encarnar una alternativa de construcción hacia la izquierda. Hay entonces un movimiento de radicalización dentro del peronismo y, a la vez, en sectores cristianos que empiezan a tener socialmente una nueva proyección.

Este horizonte radical, esta idea de que se puede hacer una transformación política por izquierda, que hay una serie de fuerzas que confluyen en ello, produce una fractura en la dirigencia tradicional y en la nueva izquierda. Es decir que estos dirigentes surgidos de la movilización social empiezan a ser los que discuten la conducción de eso que Tortti llama “la trama del campo del pueblo y de la revolución”. Esa perspectiva es la que empieza a ponerse en el centro, entonces lo que se agrega a este campo es la idea de que esos sectores más duros de la nueva izquierda comienzan a simplificar la lógica del campo popular y de la revolución, y proyectan allí la figura articuladora de la confrontación amigo-enemigo como nota central y a partir de eso se empieza a naturalizar la lógica de guerra. En ese contexto, se está muy cerca del gesto extremo de todo este proceso de radicalización que culmina en la disputa del monopolio del uso de la fuerza por parte del Estado.

De este modo podría entenderse el ciclo de la historia reciente, que uno puede extenderlo, no sólo en este momento de emergencia de una nueva izquierda sino pensarlo hasta el final de la dictadura. Es decir una historia reciente que incluye también la dictadura '76, '83 y, a partir de eso, podemos pensar de qué manera la historia reciente puede mirar -de hecho creo que lo hace en forma muy aguda, muy profunda- la especificidad de ese proceso que Tortti describe muy bien, de la emergencia de esa nueva izquierda y por

otro lado de una derrota que termina apareciendo en perjuicio del campo del pueblo y la revolución.

Esa conjunción es la que a mí me lleva a preguntar ¿qué hay en el ciclo de la historia reciente hasta el final de la dictadura en 1983? A mí me parece que hay dos aspectos muy interesantes para poner en consideración dentro de este ciclo, espero que puedan entenderse.

Uno de ellos es que hay una *matanza* y, ésa es una primera elección, hablar de matanza. El segundo es: que hay una *derrota*. Son dos preguntas que a mí me interesa pensar como núcleos importantes del ciclo de la Historia reciente. La operación que propongo es abrir una perspectiva esquemática para que podamos discutir y aportar, es decir, pensar la matanza conectada con alguna referencia a Adorno, y la derrota con Benjamin; correré además el riesgo de ser sumario.

II. ESMA, individuo y matanza.

Arranco con la primera cuestión: la matanza. Entro desde la idea de matanza pensando en Esteban Echeverría, porque me parece muy provocador pensar que la zaga del cuento argentino como género comience narrando la matanza de un unitario vinculada a la creación de un sistema de poder -el de la federación- y, como lo dice el autor al final de su relato: “puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero.” Allí se establece una conexión entre las valoraciones sobre los unitarios que tienen los federales y un individuo que es matado por ser unitario. Auschwitz o la Esma son un engranaje en una maquinaria mayor que culmina en el exterminio de individuos. La matanza es el gesto final de esa maquinaria.

Se puede detectar cierta ligereza que tiene que ver con el lugar común de una identificación entre la ESMA y Auschwitz. Circula una lectura según la cual sabemos qué sucedió en la ESMA pues ya nos lo contó Adorno en su *Dialéctica negativa*. La idea de fondo de esta interpretación propone cierta repetición, algo conocido que se repite. Esta mirada incluye el riesgo de ver lo nuevo en términos de lo conocido y mecánicamente perder de vista la especificidad del fenómeno que queremos pensar.

Lo que me propongo como perspectiva es atender a la manera en que Adorno tematiza el complejo del fenómeno Auschwitz, es decir, cómo piensa lo concentracionario y, a partir de ese contraste mantener algunas de las

preguntas que Adorno proyecta al espacio que rodea al fenómeno concentracionario en sí, y que tiene que ver con la historia, con la historia universal, con el sentido de la aparición de ese fenómeno en un cierto momento de la historia, etc., etc.

En ese contexto me parece que podemos empezar a pensar de qué se trata lo que de algún modo tiene que ver con la especificidad de la experiencia concentracionaria argentina. Por supuesto, no deberíamos tomar un ejemplo único, al modo en que Adorno toma como emblema a Auschwitz para sostener un análisis sistémico y global desde el que se conecta ese emblema con las funciones básicas del sistema capitalista en el marco de la sociedad alemana que guarda un estricto silencio sobre el pasado nazi mientras marcha presurosa en la recuperación económica de posguerra. Explícitamente, Adorno coloca a Auschwitz en el lugar de aquello de lo que no se puede hablar y su *Dialéctica Negativa* se obstina en el esfuerzo por decir algo acerca de *lo que no se puede hablar*.

Aquí, en Argentina, hubo una red muy compleja a lo largo de un territorio repartido entre las fuerzas armadas, en las que funcionaron también fuerzas policiales y de seguridad; donde se encuentran variantes de todo tipo de lugares de detención, tortura y exterminio y, además, hubo una nutrida referencia pública por parte de las víctimas que desde el exilio, en tribunales internacionales y nacionales, publicaciones políticas, etc. presentaron una multifacética versión de los represión estatal que terminó en la larga serie de intervenciones judiciales desde el juicio a las juntas hasta los juicios a otros partícipes del sistema represivo.

Entonces, en principio, la idea global de Adorno podría definirse más o menos así, presentando esquemáticamente la *Dialéctica negativa*. Lo que plantea es una constelación de ideas que permiten pensar el campo de concentración de Auschwitz, y que son las ideas de *historia, muerte e individuo* puestas en una tensión no resuelta para iluminar Auschwitz. Ahora bien, la tercera pieza de esta constelación con la que propone pensar el fenómeno concentracionario es el individuo pero, el individuo visto como *la categoría degradada de la sociedad burguesa*, es decir estamos ante una abstracción que se refiere más bien al lugar del individuo en el diseño y desarrollo de la sociedad burguesa. Entonces ¿qué es lo que pasa en el campo de concentración? ¿Qué es lo que pasa en Auschwitz?

En Auschwitz hay una remisión de la vieja noción de cultura en todo su sentido, que directamente está conectada a la lógica del campo de concentración. ¿Por qué motivo? Bueno, justamente porque la cultura está situada en el centro de una operación que se apoya en una interpretación del espíritu de cada época. ¿Cuál es la interpretación del espíritu de la época? Es la interpretación hitleriana de lo que en aquel presente significaba lo humano. De lo que aceptamos para que siga viviendo o decidimos que debe ser exterminado. Eso tiene que ver con una cultura que nace en Hegel donde se pueden tomar “libremente” decisiones sobre la continuidad de un individuo. Efectivamente, Hegel dice, absolutamente impávido y sin ningún problema, tematizando el complejo muerte, individuo e historia que el individuo tiene un valor que puede ser anulado directamente con el mismo sentido con el que tomamos un vaso de agua, o cortamos la cabeza de un repollo. Es decir, sobre el individuo no tenemos nada que reclamar porque lo que importan son los grandes procesos de la historia, lo que importa son las marchas del espíritu y, por lo tanto el individuo, lamentablemente, puede exterminarse; el individuo puede hacerle su más alto homenaje a la libertad al dar su vida por ella. Es decir, en un ejército nacional, un individuo puede morir por la libertad, y esto es lo más cerca que va a estar de figurar en la historia del escenario de desarrollo del espíritu de la época europeo.

En ese contexto, digamos, Adorno lo que está mostrando es cómo la noción de muerte está ordenando la lógica de la organización social; habla de la dialéctica del amo y el esclavo; habla de que, quien afronta la muerte y la *supera*, entonces es el amo y por lo tanto ordena y articula el sistema social en su conjunto. Obviamente, éste no es el destino que le toca al individuo que muere en el campo de concentración; éste, en realidad es la **categoría de individuo degradada de la sociedad burguesa**. ¿Por qué es posible el campo de concentración? Es posible Auschwitz por la frialdad de la sociedad burguesa, hay una lógica de continuidad entre el libro de contabilidad de doble entrada, y la lógica concentracionaria. Con esa misma lógica, con esa frialdad calculatoria burguesa, se puede producir la mecánica de la economía mercantil y el fenómeno concentracionario.

Esta idea está claramente ligada en Adorno a una lectura pesimista respecto de la historia. Es una lectura materialista de la historia en la que la figura que nos presenta la lógica del proceso histórico es el formato del eterno

retorno de lo mismo. Es decir, la historia universal está repitiendo el formato del dominio de clase sobre clase, y por lo tanto no hemos salido de la prehistoria del género humano, no hay efectivo cambio. Se mantiene lo que él llama un modelo de **historia natural**, una historia que repite su forma mecánica y permanentemente.

La idea de que en Auschwitz nace un nuevo imperativo categórico, significa que ahora no tengo un imperativo formal abstracto que ordena pensar la máxima de mi conducta particular de acuerdo con la ley universal. La novedad es que después de Auschwitz tengo un imperativo práctico; después de Hitler tengo que educar para que no se repita el campo de concentración. Y Adorno apuesta a esa idea aun advirtiendo que educar contra la posibilidad de repetir Auschwitz no significa que no se vaya a repetir; de hecho, para cuando se publicó la *Dialéctica Negativa* en 1966 refiriéndose a Auschwitz el autor, debió consignar repeticiones notables: luego de Auschwitz estuvieron Nagasaki e Hiroshima como lo menciona en el prólogo del libro.

Bueno, quiero decir con esto, que aquí tenemos una visión que, desde una abstracción que es *la degradada categoría burguesa de individuo*, reconstruye una lectura crítica del campo de concentración que se centra en una visión de la historia que toma al individuo y, muy particularmente, a su cuerpo, como una dimensión completamente prescindible. Es decir que la categoría socialmente degradada no reconoce en el individuo concreto otras dimensiones a considerar fuera del uso instrumental del mismo, al punto que en el momento de su eliminación efectiva en Auschwitz, ya han remitido todas las características auténticamente humanas de las víctimas.

¿Qué me interesa remarcar en lo que hace a la peculiaridad de la matanza en Argentina dentro del ciclo de la historia reciente? En ese contexto, lo que encontramos es una conexión entre víctima y victimario, situada en el centro de la lógica concentracionaria, completamente distinta a la que plantea Adorno. La víctima es pensada como un sujeto activo dentro del campo del pueblo y la revolución, un emplazamiento completamente distante del individuo como categoría degradada de la sociedad burguesa.

Por eso rescato la perspectiva de lectura de Cristina Tortti sobre la Historia reciente ya que, me parece que muestra la lógica de desarrollo social, de manifestación de una sociedad civil que tiene un conjunto de proyectos

de construcción y un horizonte de futuro socialmente gestado; que está pensando en una manera de transformar la sociedad, que tiene esos ideales y una crítica de la sociedad que desafía a una confrontación de tipo estratégica. La relación entre víctima y victimario en la que se sostiene una disputa estratégica es aquella en la que el victimario está intentando anular a aquel individuo que tiene alguna función dentro de la disputa por el manejo del campo del pueblo y de la revolución, proyectado al horizonte del desafío acerca de la sociedad y el Estado.

Me parece que en ese sentido la Historia reciente hace un trabajo fundamental que es pensar una serie de prácticas y de construcciones simbólicas para mostrar más nítidamente la trama social que se esconde detrás de los acontecimientos y desarrollos del período. La acumulación del trabajo empírico a partir del que cual se pueden pensar los procesos de la Argentina reciente es muy considerable.

Desde esa entrada al período, desde la lectura de esa complejidad es posible captar con cierta perspectiva el complejo que rodea a la matanza argentina y que no será sencillo desentrañar. Efectivamente, además de matanza en el sentido de la eliminación directa de individuos hubo un sistema de desaparición de personas, apropiación de hijos, cambios de identidad. No es sencillo siquiera enumerar los rubros de este complejo, la zaga de operaciones políticas que articuló el aparato genocida para descomponer la trama de la construcción revolucionaria que, incluso llegó a acometer el intento de construcción de una fuerza política desde el interior mismo del encierro concentracionario.

Sí, es cierto que tanto en Auschwitz como en la EsMA hay una articulación instrumental de la víctima. Sin embargo, en la EsMA la perspectiva de la instrumentación parte desde el reconocimiento de la función social y política de los sujetos, aun tomando en cuenta que el horizonte de la aniquilación está presente desde el principio y de que el ensañamiento con el cuerpo es una parte muy importante de la reclusión concentracionaria argentina. Es necesario reparar que en el caso de Argentina está en juego un enfrentamiento estratégico inscripto en la lógica de la dominación, en el marco de una confrontación con una estrategia revolucionaria. Alegada o real supone la lucha con una categoría muchísimo menos abstracta que la “categoría socialmente degradada de individuo”.

III. Derrota.

La derrota es el otro asunto que creo tiene que ser pensado.

Sobre todo respecto de la derrota hay mucho que caracterizar, que definir. Lo que creo es que hay certeza de que hay derrota aunque domine una fuerte negación a hablar francamente del tema.

La pregunta fuerte es ¿qué fue derrotado? Cambian los acentos si uno dice: “fue derrotada la revolución” o, bien: “fue derrotada una figura que entendía unilateralmente la lógica de construcción político social” o, porqué no referir la derrota a la incómoda situación de sostener un conjunto de programas que se dispersaron en un delta infinito de cursos autónomos agotados en sus soledades irreconciliables. ¿Puede acaso fracasar la revolución que no se ha hecho? Todo eso es un complejo a desmontar y poder repensar pero, de hecho, no hemos triunfado.

Aquí es que recorro a Benjamin, a la idea de una programática teórica para nada temerosa de pensar la derrota.

En principio él ve, como Adorno, como el materialismo de la tradición clásica, toda la trayectoria histórica como prehistoria del género humano, ésa es la tradición de los derrotados, la de todas las generaciones de los muertos que vivieron y murieron en injusticia; ahora bien, ese ominoso pasado no es concebido como la historia natural adorniana que solo repetirá la pesadilla del dominio con leves trazos diferenciales. Walter Benjamin acepta la perpetuidad de la derrota de la historia humana pero, elige otro “eterno retorno” nietzscheano para organizar su lectura de la cadena de derrotas de todas las generaciones pasadas.

El pasado, ese impenitente desafío de la historia es una cantera a disposición del historiador para rescatar los materiales de las luchas pasadas; la idea de que hay una tradición de los derrotados que está en las Tesis sobre el concepto de historia. Allí, Benjamin lo que nos está diciendo es que en esa tradición de los derrotados tenemos adonde remitirnos para encontrar la manera en que en el pasado estaba iluminada esa petición de una transformación, esa apertura de una proyección mesiánica y para apropiarse de ese pasado, traerlo al presente y reconfigurarlo. Volver a ponerlo en consideración, mostrar el horizonte de expectativas de una generación, de un determinado momento que manifiesta un ciclo. Esa es una manera en la que se centra en una cosa que para Benjamin es primordial, que es el corazón de las Tesis sobre el con-

cepto de historia y que es la disputa sobre la historia; es decir, la posibilidad de desarticular esa noción que está tomada por los vencedores. No se trata del Manifiesto Comunista donde la burguesía mala y creativa, por un lado y, el proletariado santo y rebelde, por el otro, se confrontan y ven como cada uno arma un mundo a su medida, sino que se trata de los que fueron dominados y los que dominan hoy. De qué manera la historia se convierte en un botín de todo ese despojo que hacen los triunfadores. Y los dominados son justamente los que pagan ese precio, pagan ese martirio.

Ahí podemos pensar que la discusión está más bien en un campo gramsciano, en una escenografía en la que lo que se abre es el campo de discusión sobre el sentido de la historia especialmente dentro del ámbito de la disputa cultural que se da en la representación de la historia. La historiografía, en alemán la misma etimología que en castellano: escritura de la historia/ *Geschichtsschreibung*, ése es el territorio del otro “eterno retorno” nietzscheano: siempre habrá dos historias en proceso, la de los vencedores y la de los vencidos. Es allí en donde radica una demanda profundamente ética, política y vital para el historiador: no puede negarse a ver la derrota porque ése es el verdadero rostro de la tradición de los derrotados a los que les debemos memoria. Este lazo de conexión ética entre las generaciones es el que abre la posibilidad de pensar en la verdadera situación de la humanidad para encender una comprensión vivificadora del pasado en el que sucedió la derrota y traerlo al presente, para que las nuevas generaciones se sumen a esta lucha en torno a la escritura de la historia.

Es en este punto en el que reencuentro la pregunta por la continuidad de la Historia reciente en democracia donde vemos de nuevo el costado de la confrontación estratégica. Ahora, en la cultura, en la representación, en la historiografía, especialmente en ella, se renueva el desafío de la recuperación de la memoria que pasa de generación en generación y transforma cada presente.

Podría decirse que, en el contexto de la Historia reciente, la derrota es constitutiva del propio campo pero, podría también refutarse. Mejor sería decir que en cada nuevo escenario histórico debemos estar a la espera de desarrollar una historiografía que sostenga el empecinamiento por conservar viva la lucha que otros perdieron para intentarlo nuevamente; sin esa porfía todo estaría perdido otra vez. La firme atención de la Historia reciente -en la agenda pendiente e inconclusa que enfrentamos desde la recuperación demo-

crática- es el laboratorio en el que ajustaremos cuentas como generación con los desafíos de la época; tal vez, allí, podríamos preguntarnos entonces por lo que queda por hacer y si esta apuesta sigue siendo un desafío estratégico.